

# V Velasco Alvarado

TOMO V

Conmemorando  
**52 años**  
de inicio del proceso  
revolucionario de 1968

Octubre 2020

Héctor Béjar



REVISTA

**Imaginando el Perú  
post pandemia**

Ediciones Grupo Emancipador Perú

**V**

**Velasco**

**Alvarado**

**1968 - 1975**

## LOS ULTIMOS MESES DE VELASCO

*Con la revolución, nació la contrarrevolución”.*

*Velasco. La contrarrevolución permanente*

Poco a poco el pueblo peruano fue conociendo algunos detalles de los sucesivos intentos contrarrevolucionarios que fueron tramados en el gobierno y las fuerzas armadas para detener, desviar o derrotar en sus comienzos a la revolución peruana.

Se sabe ahora que la Marina se mantuvo al margen de la intervención militar del 3 de octubre de 1968 y la aceptó sólo por ser un hecho consumado y en ese momento irreversible. Que el general Ernesto Montagne, quien fuera Primer Ministro, ministro de Guerra y Comandante general del Ejército y otros miembros del primer gabinete, no compartían las opiniones del general Velasco acerca de las medidas revolucionarias que se debía impulsar y las aceptaban sólo porque la correlación de fuerzas en la institución castrense no los favorecía, el propio general Artola, quien estuviera al frente del ministerio del Interior durante tres años, se ha encargado de divulgar cómo conspiraba en relación con el Apra y contra el gobierno del que formaba parte. Apenas destituido el general Artola, el presidente Velasco y quienes lo apoyaban, tuvieron que hacer frente a la resistencia que oponía desde la Marina el conservador Vicealmirante Vargas Caballero, quien era respaldado por todo el almirantazgo. Se sabe también ahora que en la Junta de los tres representantes de la Marina, el Ejército y la Aviación, se trató de aprovechar la súbita enfermedad del general Velasco en marzo de 1973 para despojar a éste de sus poderes presidenciales. Un año después, Velasco tuvo que enfrentarse a Vargas Caballero y a todo el Consejo de Almirantes, pasando muchos al retiro, entre ellos el Contralmirante Ramón Arróspide, ministro de Vivienda y el Vicealmirante Alberto Indacochea, Jefe de la Oficina Nacional de Integración. Al poco tiempo, estalló la tensión por los abusos contra la Guardia Civil, con una sublevación del personal de tropa, que el Apra aprovechó para provocar una sublevación popular el 5 de febrero de 1975. A renglón seguido se produjeron nuevas crisis en la Marina y la Aviación, provocando el retiro de altos jefes de las dos instituciones. Finalmente, el ministerio del Interior y los servicios de inteligencia desarrollaban una actividad subterránea verticalista, macartista y autoritaria que culminó con el apoyo al MLR, un aparato político financiado por el Estado y los empresarios capitalistas y en relación con elementos del Apra.

Documentos desclasificados de la Casa Blanca años después revelaron que en diciembre de 1971 Richard Nixon y Garrastazú Médici planearon derrocar a Velasco y Allende. “Una sustanciosa negociación en la que Nixon y Garrastazú pasan revista a los

focos calientes de la región y buscan un entendimiento estratégico...Ambos mandatarios dejan en claro que sus enemigos principales son Salvador Allende en Chile y Juan Velasco en el Perú” (Diario *La República* de Lima 18 octubre 2009)

Vista de cerca, la historia de los siete años de proceso revolucionario es también la de una sucesión de conspiraciones, intrigas y maniobras destinada a cambiar de orientación al régimen mediante la eliminación de sus elementos progresistas. No había un gobierno monolítico, sino un campo de batalla en que se enfrentaron las tendencias revolucionarias contra el conservadorismo superviviente del pasado, las primeras en activa relación con las organizaciones populares y el último apoyado por la oligarquía, el imperialismo, la CIA y los capitalistas peruanos.

La vieja y la nueva derecha fueron sorprendidas por las inesperadas acciones de las fuerzas armadas. No esperaban que éstas asumieran un proyecto nacional ni que ejecutasen sucesivas nacionalizaciones. Las empresas imperiales que no habían sido tocadas aún por las medidas revolucionarias, los empresarios capitalistas que tenían amistad y hasta relaciones de negocios con altos oficiales y funcionarios, los terratenientes que esperaban mantenerse a salvo de la reforma agraria, los comerciantes que hacían jugosas utilidades con la nueva situación, los grandes propietarios y negociantes de tierras urbanas a quienes la Marina garantizaba intangibilidad desde el Ministerio de Vivienda, todos ellos, confiaban en que sus relaciones dentro del gobierno les permitiesen remontar la corriente adversa y muchos obtenían seguridades de que la revolución no iría más allá.

Su carácter gradual, fue una de las razones que explican el sostenido y relativamente seguro avance del proceso durante sus primeros años. Aparte de ello, muchos sectores de la burguesía peruana admitían resignadamente la inevitabilidad y necesidad nacional de algunas medidas como la expropiación de los latifundios, el ingreso del Estado al comercio exterior y el control de las divisas, por ejemplo. Al fin y al cabo, como ha sucedido en otras revoluciones, cada quien esperaba que el vecino y no él, fuese sacrificado.



Pero cuando la revolución continuó avanzando y liquidando más intereses creados, se fue también construyendo un frente cada vez más amplio en su contra, integrado por los grandes y medianos propietarios rurales, los capitalistas enemigos de la comunidad industrial, los abogados, representantes y demás relacionados de las empresas imperialistas expropiadas, los industriales de la pesca, las clases medias urbanas que miraban con desagrado la atención que el gobierno brindaba a los campesinos y los moradores de pueblos jóvenes y, en general, todos los que sentían que la revolución afectaba su posición establecida a las ventajas que esperaban del futuro. Este frente que era activo cuando trataba de derribar al régimen como en el 5 de febrero, o pasivo, cuando respondía con indiferencia u hostilidad a los reiterados llamados militares a cooperar con inversiones y trabajo para impulsar el desarrollo del país, no encontraba un balance eficaz en las masas que contrarrestase sus intrigas con una movilización popular organizada, por las vacilaciones e indefinición que hemos descrito antes.

La prolongada duración del proceso, vista con relación a otros intentos revolucionarios y nacionalistas en América Latina, se explica también por el peso de la institución militar. Una revolución apoyada en las fuerzas armadas no se puede derrocar mediante un enfrentamiento violento e insurreccional, sobre todo si quien debe hacerlo es una oligarquía habituada a la negociación, dura con los débiles pero sumisa y sibilina frente a los poderosos. Era preferible optar por la intriga, la conspiración interna y el socavamiento del régimen allí donde estaba su columna fundamental, en las fuerzas armadas. Pero esa no era una tarea fácil ni de resultados inmediatos por el hábito militar a resguardar la seguridad de su institución, para la cual es requisito indispensable el mantenimiento de la unidad. No eran muchos los militares de ideas conservadoras, por más reaccionarios que fuesen, dispuestos a arriesgar sus privilegios y la tranquilidad de su vida en intentos insurreccionales en los que siempre hay un riesgo, ni los había decididos a mellar la unidad de una Institución de la que ellos mismos dependían, incluso cuando estaban fuera de cuadros. Ellos preferían inclinarse, dejar pasar, aguardar a la espera de que el dinamismo de los primeros meses fuese decayendo hasta convertirse en lenta inercia. De esta manera, la fuerte tendencia de los militares a resolver sus problemas internos sin afectar la unidad de las fuerzas armadas, operó a favor de la revolución.

Pero este fenómeno no podía darse de manera permanente, sobre todo si la falta de una educación política de cuadros no aseguraba el relevo de los jefes de ideas avanzadas que también iban pasando al retiro cuando cumplían los 35 años de egresados de la Escuela que exige la Ley de Situación Militar para todo oficial peruano.

Y es que el peruano fue un proceso sujeto a un juego burocrático. El ascenso y el tiempo de servicios determinaron la ubicación de las personas en importantes mandos

militares, ministerios y demás reparticiones decisivas para la marcha del proceso. Cuando, en octubre de 1968, la Marina, la Aviación y el Ejército negociaron su participación en el nuevo gobierno, comprometieron su apoyo a cambio de una repartición de los ministerios. Cada arma quedó al mando de determinados sectores de la administración pública. A la Marina le correspondieron los ministerios de Industria, Marina y Vivienda, a la Aviación los de Trabajo, Salud y Aeronáutica y al Ejército el resto. Este acuerdo, logrado por motivos institucionales como medio de comprometer el apoyo de las tres armas a la revolución, era también un compromiso entre jerarquías, típicamente castrense y, sin embargo, tuvo repercusiones decisivas sobre todo el proceso. Fue consecuencia de él, que la revolución jamás pudo ingresar a las ciudades mediante una reforma urbana radical, puesto que todos los problemas de vivienda estaban en manos de la Marina, cuyos jefes mantenían estrechas relaciones con los grandes propietarios urbanos, dueños de inmobiliarias y bancos ligados a la construcción. Esto fue causa, a su vez, de que la revolución no contase con el apoyo de las masas urbanas, en la misma medida que había concitado la adhesión de los campesinos gracias a la reforma agraria. La ciudad, es decir la mitad de la población del Perú de la época, era el flanco débil de la revolución.

Cual una maquinaria despiadada, la jerarquía castrense eliminaba a los jefes de la institución pasándolos al retiro. Este hecho obró a favor y en contra de ambos lados. Frecuentemente, fueron los oficiales conservadores los pasados al retiro. Pero hubo también hombres de ideas avanzadas o militares que en pleno aprendizaje político se veían bruscamente apartados de sus funciones por esta razón. A la vez, por este mismo equilibrio castrense y jerárquico entre revolucionarios y conservadores, el Perú tuvo en ocasiones un Consejo de Ministros predominantemente conservador, mientras que los mandos más importantes y con mayor poder de fuego estaban en manos revolucionarias. Pero cuando el funcionamiento de la jerarquía hizo que esos jefes pasen a ocupar asientos en el Consejo de Ministros, se enriquecían los niveles políticos del proceso mientras se empobrecían peligrosamente los mandos militares. Todo esto convertía a la revolución en un complicado juego de ajedrez que adoptaba una apariencia engañosa para los observadores.

### *Un febrero caluroso*

Quizá su derrota en Vietnam y la desmovilización de parte de sus fuerzas en Asia, hizo que los Estados Unidos fijasen nuevamente buena cantidad de su atención sobre esta parte del mundo. Había que poner orden en el patio trasero, y era relativamente fácil. Porque, como hemos dicho antes, una cosa es Sudamérica con Allende en Chile, Cámpora en Argentina y Torres en Bolivia. Y otra, con Pinochet, Videla y Bánzer. La derrota de las izquierdas en esos países tenía que repercutir en el Perú. Por eso, cuando el presidente Allende cayó asesinado en Santiago, un general peruano comentó en Lima: *ahora vendrán sobre nosotros*. A partir



de ese momento, el Perú era una isla progresista en un mar conservador. Miles de refugiados chilenos eran acogidos mientras esperaban reubicación. También había exilados argentinos, uruguayos, brasileños y bolivianos. Nuestro país se convirtió en un lugar de trabajo donde los refugiados contribuían al proceso; o en un puente salvador hacia Suecia, Alemania del Este y otros países de Europa que podían acogerlos. Oscar Varsavsky, Neiva Moreira, Darcy Ribeiro y decenas de ilustres latinoamericanos trabajaron esos años en el Perú.

En enero de 1974 se produjeron cambios importantes en las fuerzas armadas y el gobierno. Pasado al retiro por límite de edad el general Edgardo Mercado Jarrín, el general Francisco Morales Bermúdez asumió el puesto de Comandante General del Ejército. Leonidas Rodríguez pasó a ser Comandante General de la II Región Militar. Las unidades más importantes de la capital eran comandadas por hombres identificados con la revolución. Para el futuro, la jerarquía castrense abría a la izquierda militar un camino seguro hacia el poder. Mientras tanto, la disminución del peso político de la Marina, causada por la purga de Vargas Caballero y casi todo el Consejo de Almirantes, había restado posibilidades a lo que podía ser la base de cualquier inmediata conspiración derechista, pero al costo de agudizar un conflicto que a la larga tendría graves consecuencias.

Mientras esto sucedía en el nivel de los mandos castrenses, en los rangos políticos del Consejo de Ministros, los generales Tantaléan, Sala y Richter trataban de unir el dinero de Pescaperú, el poderoso aparato represivo del ministerio del Interior y la capacidad de

movilización que aún le quedaba al Sinamos en acciones políticas concertadas para crear una organización popular disciplinada y vertical bajo su dirección. Paralelamente, primero desde la Dirección General de Difusión DGD y luego desde la Oficina Central de Información OCI, el general Segura mantenía intocada la orientación capitalista de la televisión mientras intentaba presionar a los directores de periódicos que hacían una prensa de izquierda. Desde los servicios de inteligencia y otros altos niveles se mantenía el macartismo que éstos habían usado como norma durante todo el proceso.

Ubicados en este marco, los siete últimos meses del régimen de Velasco registran una de las etapas más críticas y a la vez más incomprensibles del proceso peruano. Con enemigos en todas las fronteras, acosado por una crisis económica cuyo peor rostro ya asomaba, con fisuras que se hacían notar cada vez más dentro de las fuerzas armadas, enfermo él mismo y por tanto con pocas posibilidades de movilizarse por el territorio nacional o de tomar contacto directo con el pueblo, el presidente Velasco sorteó con astucia, pragmatismo y audacia, aquellos meses difíciles.



Hay varios hitos notorios en esa etapa crucial: los sucesos del 5 de febrero, la nacionalización de los yacimientos de hierro de Marcona, las deportaciones y clausura de revistas de oposición del 6 de agosto, simultáneas con el nombramiento del Comité Organizador de la Organización Política de la Revolución Peruana y, finalmente, el pronunciamiento



institucional que depuso a quien había dirigido el único proceso de transformaciones sociales que registra nuestra historia republicana.

El 3 de febrero, grupos subalternos de la Guardia Civil declararon un paro indefinido en Lima, siguiendo las instrucciones de un Comando Institucional Clandestino. Pedían el cambio del Jefe de la Casa Militar de la Presidencia, el general Ibáñez, de quien se decía que había abofeteado a un guardia civil. Pedían también la presencia de un general de la GC en el Consejo de Ministros y mejoras salariales para el personal de tropa. Los huelguistas se acuartelaron en la 29ª comandancia, situada en el barrio limeño de La Victoria.

Lima permaneció todo el día 4 sin vigilancia policial por efecto de la huelga. Los diarios no informaron acerca de lo que estaba pasando. El Consejo de Ministros fue tomado de sorpresa y dejó la situación en manos del Ministro del Interior. Fracasadas las negociaciones con los huelguistas, las fuerzas armadas pasaron a debelar el movimiento. En la madrugada del día 5, los pobladores de La Victoria, un barrio muy denso y popular, fueron despertados por la balacera y los tanques. Un destacamento de la Zona de Seguridad del Centro había ocupado el cuartel.

Esa misma mañana, guardias vestidos de civil que lograron escapar se distribuyeron por toda la ciudad denunciando que el ejército había matado y herido a muchos de sus compañeros. Sin vigilancia policial, los mercados populares y los grandes almacenes eran una tentación para una población angustiada por el hambre y excitada por el deseo de poseer los lujosos artículos de consumo de la clase media. Los saqueos se extendieron por los mercados mientras en el centro de Lima, agitadores aprietas de la Universidad Villarreal guiaban a las turbas hacia el incendio de los diarios *Correo y Ojo*, el Círculo Militar, el local de Congresos del Centro Cívico y el diario *Expreso*.

No haber hecho cambios significativos durante cinco años en la estructura del Ministerio del Interior y en los altos mandos de la Guardia Civil, llevó al gobierno revolucionario a pagar el alto costo político del 5 de febrero, para enfrentar un movimiento que era apoyado por una tropa desorientada y harta de abusos. Cuando Lima fue presa de las turbas durante 24 horas y las fuerzas armadas tuvieron que decretar el estado de sitio para que el país pudiera retornar a la normalidad, amigos y adversarios tomamos conciencia de la debilidad que se escondía tras la aparente fortaleza del régimen: el pueblo de Lima había contemplado con temor e indiferencia cómo algunos cientos de saqueadores con la orientación de misteriosos agitadores que descerrajaban las puertas sin participar en los robos, desvalijaban los grandes almacenes capitalinos. El 5 de febrero, los peruanos no espectamos una gran insurrección popular. Vimos simplemente a un pueblo que no atinaba a defender una revolución con la que simpatizaba pero a la que

no comprendía totalmente, puesto que las reformas no habían atacado aún el poder del capitalismo urbano, las inmobiliarias, los urbanizadores, los especuladores, los dueños de tugurios. No existía base social de la revolución en la ciudad como sí la había en el campo, pero la contrarrevolución tenía su base social en los desocupados, los desesperados, las bandas de choque del partido aprista y la abigarrada delincuencia de la ciudad.

Y vimos también a una revolución militar que tampoco estaba dispuesta a que el pueblo la defendiera, porque confiaba más en sus propios tanques y cañones y temía perder el control de la situación.

Las fuerzas armadas retomaron los mandos, en una operación típicamente castrense y, por lo mismo, desprovista de explicaciones políticas, ajena a la intervención popular. El pueblo era protegido como un menor de edad, se dejaba llevar mansamente o era espectador de una lucha entre adversarios que no percibía claramente. Porque la oligarquía, que se había mantenido a la sombra de sus empresas o en indignada pero paciente espera, y que actuaba a través de los provocadores y agitadores del partido aprista, no se mostraba ella misma, no arriesgaba su propia estabilidad y sus posibilidades de supervivencia.

Quedarán en el misterio las razones concretas por las que el gobierno de Velasco no fue hasta el fin, ni en la investigación de los sucesos del 5 de febrero, ni en el castigo a sus verdaderos incitadores. Era obvio, sin embargo que algunos sectores del gobierno, que habían saboteado de mil maneras la organización popular y que sentían temor y desconfianza por el nacimiento y crecimiento de poderosas organizaciones de obreros y campesinos, propiciaban un entendimiento con el Apra, los capitalistas y los partidos políticos de la clase media, bajo el argumento de que las organizaciones populares eran artificiales o estaban infiltradas. Los trajines palaciegos, las entrevistas discretas, los contactos indirectos, los manejos políticos de esos días, quizá sean revelados alguna vez. Sin embargo, es importante establecer que tras el acercamiento de algunos militares al Apra, a los empresarios y los partidos de clase media, operaba una explicable atracción social: al fin y al cabo ellos recurrían a una fuerza que, según creían, podía salvarlos del creciente poder que estaban ganando los campesinos y de la presión cada vez mayor de los obreros. Algunos militares sentían que el régimen se apoyaba con exceso en estos sectores sociales y lamentaban que éste no recibiera de ellos una respuesta organizada, obediente y masiva. Contenían la respiración ante su progresivo alejamiento de la clase media en la que ellos estaban inmersos por nacimiento y profesión. Investigar a fondo la participación de los líderes reaccionarios del Apra en los sucesos y develar el revés de la trama del 5 de febrero suponía también romper amarras con su propio medio social.

Al mismo tiempo, el fugaz drama del 5 de febrero evidenció el cinismo de la derecha que operaba en el gobierno, la impotencia de la izquierda más lúcida, la frivolidad de otra izquierda que creía que basta con hacer manifiestos para resistir y derrotar al enemigo y la irresponsabilidad y mala fe de quienes quisieron hacer ver en el 5 de febrero una insurrección popular y no una conspiración reaccionaria.

A los pocos días de los hechos, el presidente Velasco señaló a la dirigencia aprista y a la CIA como los verdaderos responsables. Pero la *Última Hora* de Ismael Frías, había señalado a los “ultrachoros”, es decir los delincuentes y los ultraizquierdistas, como los únicos responsables. La televisión gobernada por la OCI del general Segura, se conformaba con hacer angelicales y vacíos llamados a la solidaridad entre los peruanos, ocultando también a los responsables e ignorando las conquistas de la revolución que era necesario defender. Algunos grupos universitarios llamaban a unirse a la Guardia Civil para luchar por las libertades democráticas y derrocar al gobierno “fascista”. *Bandera Roja*, el periódico maoísta, decía que se había tratado de *una explosión de descontento popular* y que *los tanques del ejército salieron a las calles asesinando a miles de pobladores, sin respetar a niños, mujeres ni ancianos*. Y Vanguardia Revolucionaria Político Militar consideró a la huelga *dentro del auge de las luchas populares* y lamentó el hecho supuesto de que a los manifestantes *les faltó dirección política*.

### *El asunto de la organización política*

Febrero reactualizó el tema de la organización política de la revolución que venía estudiándose desde hacía dos años en el interior del gobierno. El 29 de enero, el presidente Velasco había afirmado en una de sus habituales conferencias de prensa: *mi idea es que los peruanos que quieren participar formen sus grupos, sus movimientos y empiecen con la tarea. Cuando haya suficientes grupos sociales de base, el movimiento político podrá aparecer. Porque no queremos un movimiento gestado desde arriba, sino que él surja de la participación y militancia de base*.

A tres días de los saqueos, el 8 de febrero, veintisiete organizaciones de diverso nivel y distintas orientaciones políticas, decidieron constituir el Comité Regional de Coordinación Popular. 48 horas después aparecía un llamamiento a formar el “Movimiento de la Revolución Peruana” firmado por Alberto Ruiz Eldredge, Walter Peñaloza, Gilberto Escudero, Jose Luis Brousset, Carlos Vásquez y otras personalidades ligadas al gobierno, con el pleno apoyo del diario *Expreso*.

Ambos llamamientos formaban parte de un intento de construir una organización

política de izquierda, dentro de la revolución y en clara competencia con el MLR, que era apoyado desde el ministerio de Pesquería y *Última Hora*. Pero una organización como el MRP liderada en su mayor parte por altos funcionarios del régimen, no podía ignorar la correlación existente entre las fuerzas que estaban en el poder, máxime cuando en esos momentos el gobierno diseñaba reservadamente su propia organización política, con lineamientos diferentes a los propiciados por los líderes del MRP. La iniciativa del MRP aparecía así en las esferas gubernamentales como un intento de ganar de mano al propio gobierno cuando éste culminaba sus planes organizativos, y el asunto se agravaba aún más por el hecho de que algunos miembros del “Comité Provisional” del MRP habían participado desde hacía dos años en la formulación de dichos planes. La consecuencia de este desliz fue que el general Velasco pidió a los autores de la iniciativa, que la desestimaran.

Pero no era solamente ésa la razón para que no prosperase. El MRP representaba sólo una de las corrientes existentes dentro del proceso y, por tanto el gobierno en cuanto tal y el propio Velasco como su presidente, no se sentían fielmente expresados en él y eludían cualquier compromiso. Los generales de izquierda, concentrados ellos mismos en su propio juego de ajedrez contra la derecha militar, tampoco podían arriesgar un respaldo a esta fuerza política, sobre todo en momentos en que se sentían aislados del general Velasco. Y en general, ni el gobierno ni el ejército podían aceptar la organización de una fuerza política de la revolución que se había iniciado al margen de sus decisiones.

Por todo eso, el día 17 Velasco precisaba en su mensaje a la nación: *Agradecemos el buen deseo de quienes han iniciado esfuerzos organizativos en apoyo de nuestro proceso revolucionario. Pero les pedimos recordar que la conducción política del proceso sólo puede radicar en el de la revolución. Todo esto resulta crucialmente importante para evitar el confusiónismo y la desorientación. Porque éstos, justamente, son los factores que facilitan todas las formas de infiltración que, de ser permitidas, podrían desviar a nuestra revolución de su claro cauce original peruano.*

Dos días después el gobierno nombraba una comisión de ministros *encargados de efectuar las coordinaciones necesarias para plasmar tal aspiración dentro de los fundamentos ideológicos de la revolución peruana*. Era claro que la comisión estaba formada por hombres de todas las tendencias en el gobierno: Pedro Sala, José Graham, Jorge Fernández Maldonado, Javier Tantaleán, Pedro Richter y Alberto Jiménez de Lucio. Con esta medida, el gobierno volvía a ubicar el centro de gravedad de la organización política en su propio seno y desechaba rudamente las ilusiones de quienes creían que tal centro de gravitación podía desplazarse fuera del gobierno o de las fuerzas armadas.

El 26 se publicaron las Bases Ideológicas de la Revolución Peruana que habían sido discutidas en Sinamos, el COAP y el Consejo de Ministros. Y a renglón seguido se desataba la polémica en los diarios en torno a si la organización debía estar basada en la militancia individual o en ésta y en las organizaciones de base como tales.

En tales circunstancias el Consejo de Ministros designó a un Comité Provisional que debía estar encargado de coordinar la formación de la Organización Política de la Revolución Peruana. La propia composición del comité integrado por altos funcionarios del régimen y dirigentes populares de las más variadas tendencias, desde quienes eran proclives al MLR o estaban vinculados a él hasta quienes le eran radicalmente opuestos, revelaba el verdadero equilibrio de fuerzas que se reunía en ese momento alrededor del presidente Velasco. Ese mismo día, el comité era recibido en Palacio con gran despliegue de publicidad. Allí, el general Velasco entregó a los miembros del comité un memorándum personal y manuscrito, cuyo texto íntegro damos en el anexo de este libro conteniendo sus ideas centrales acerca de la organización. A pesar de ser apenas un conjunto de anotaciones preparadas con rapidez para una reunión, constituye un documento excepcionalmente interesante porque refleja nítidamente el verdadero pensamiento que tenía el presidente acerca de este problema crucial. Para él, la organización política *no debe ser un partido, sino una organización de participación en la revolución, ni debe estar al servicio de ningún hombre, militar o civil.*

Pero ese mismo día, algunos generales alarmados ante el avance de la izquierda en los diarios y las organizaciones populares y preocupados por el armamentismo chileno y la tensión en la frontera del Sur, presionaron al gobierno y lograron la deportación de dieciocho periodistas y dirigentes políticos y la clausura del semanario de izquierda *Marka*. La OPRP nació así en el peor momento, rodeada de un clima de desorientación, confusión y protesta en los medios políticos.

### *Marcona, Chile y los días finales*

Mientras tanto, las negociaciones con la Marcona Minig iban entrando a su fase decisiva. Aprovechando la cómplice tolerancia de los gobiernos de Odría, Prado y Belaunde, los norteamericanos fueron montando a lo largo de los años un verdadero y complicado imperio económico que abarcaba la propia mina (los yacimientos de hierro más importantes del país), un complejo metalúrgico, una flota internacional y una red de comercialización con el Japón. Mientras los expertos peruanos veían en Marcona un problema exclusivamente técnico, el presidente Velasco sostenía que era un problema político y de dignidad y soberanía

nacional, tan urgente e importante como había sido el de la IPC. Luego de tensas discusiones con sus ministros, Velasco impuso una vez más su voluntad, sin la cual la revolución no hubiese sido posible: Marcona fue nacionalizada el 28 de Julio de 1975.

La Marcona Mining respondió a la expropiación desde los Estados Unidos anunciando a los compradores que los contratos para la venta del hierro peruano estaban firmados con una de sus subsidiarias, la Marcona International, con sede en Panamá. Y que por ello, cualquier intento por parte de otras organizaciones de comprar, o de transportar y entregar hierro peruano —se refería obviamente al Perú— *resultará en que Marcona Corporation inicie todos los procedimientos legales necesarios para obtener una adecuada compensación.*

Había empezado el bloqueo contra el hierro peruano. Perú no tenía cómo transportar ni vender su mineral que iba acumulándose en el puerto de embarque, agravando su crisis económica, al tiempo que se iba agudizando una sensación general de frustración. La derecha política estaba intacta, el macartismo de algunos generales era cada vez más agresivo, la izquierda militar se sentía amenazada pero la izquierda civil ganaba terreno en las grandes organizaciones sociales. En las comunidades industriales era cada vez más fuerte la corriente reunificadora, en la CTRP crecía el repudio contra la manipulación de los operativos secretos, en la Federación de Pescadores los trabajadores censuraban a los dirigentes del MLR. En espera de su transferencia definitiva a los sectores populares organizados, la prensa escrita de circulación nacional discutía con libertad los grandes temas de esos días: la organización popular, la organización política, el movimiento sindical, la política cultural, el socialismo, el tercer mundo, y escapaba cada vez más al control de las agencias periodísticas internacionales, ensayando una experiencia inédita para el país. Todo eso aumentaba la irritación de los sectores conservadores.

Pero el imperialismo continuaba agitando una intensa y violenta campaña antiperuana en Chile y los Estados Unidos. Durante todo el año anterior los Estados Unidos, reaccionando contra la expropiación de la Cerro de Pasco y varias empresas norteamericanas, repetían las calumnias que habían precedido a la agresión contra la Guatemala de Arbenz y la Cuba de Castro: Perú, decía la prensa norteamericana y chilena, es una base del marxismo soviético en el Pacífico. En agosto de 1974 *El Mercurio* de Santiago había dicho editorialmente: *Nadie puede ya poner en duda las marcadas inclinaciones del gobierno de Lima hacia el de La Habana y, a través de él su inevitable conexión con la política de penetración soviética en el Pacífico, que desea continuar Moscú a pesar del reciente fracaso que sufrió la Unidad Popular de Chile.* Ese mismo mes, el *Washington Star News* decía, en un artículo titulado *Vigilancia al Perú por posible movimiento contra Chile: Observadores diplomáticos y*

*militares de USA han llegado a la conclusión de que debido a las actitudes de la Junta Militar peruana, en la que se incluye la compra masiva de armamento soviético y la presencia de consejeros rusos, Perú estaría preparándose para recuperar los territorios perdidos hace casi 100 años en la Guerra del Pacífico. Los periódicos de Chile publicaban declaraciones afirmando que existen claras evidencias de que los soviéticos están construyendo en cierta parte del territorio peruano plataformas de lanzamiento de cohetes. La agencia noticiosa chilena Orbe aseguraba que existen en el Perú instructores militares cubanos adiestrando en el manejo de armamentos y que estos inquietantes hechos se suman a la actitud de la Unión Soviética y de Cuba que han hecho del Perú una cabecera de puente para la propagación del marxismo en América Latina.*

Pero las denuncias contra el supuesto armamentismo peruano apenas si alcanzaban a esconder el verdadero armamentismo chileno. Sólo en unos cuantos meses la Junta Militar Chilena había adquirido equipo militar pesado por valor de 200 millones de dólares en Estados Unidos mientras secundaba rápidamente la formación del eje Brasilia –La Paz – Santiago para aislar al Perú. Porque, efectivamente, un nuevo paso del imperialismo había sido lograr la entrevista de los dictadores de Bolivia, Uruguay, Brasil y Chile en marzo de 1974.

Dentro del clima de reaceramiento entre La Paz y Santiago, el gobierno de Bánzer reactualizó las viejas demandas bolivianas de una salida al mar. Pinochet respondió rápidamente que Chile estaba dispuesto a dar *una solución permanente, buena y oportuna al problema de la mediterraneidad de Bolivia...La coincidencia existente entre los gobiernos de Santiago y La Paz, expresó el dictador chileno, ha facilitado el entendimiento entre ambos países*". El 12 de agosto de 1975, el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Henry Kissinger, sostenía aludiendo al problema boliviano que *la salida al mar de los países enclaustrados dese asegurarse.*

Chile ofreció a Bolivia la salida al mar por un corredor trazado a través del territorio de Arica. El 26 de agosto, luego de haber asistido a las celebraciones del aniversario de Bolivia, el Premier peruano Morales Bermúdez declaraba que la mediterraneidad de Bolivia *debe ser tratada entre ese país y Chile, pero el Perú tiene que ser consultado de cualquier acuerdo al respecto, según el Tratado de Ancón de 1929.* La cancillería chilena había puesto al Perú en una situación difícil. Si decía sí, el gobierno de Velasco asumía ante el pueblo peruano y ante las fuerzas armadas que eran su base de sustentación y que están fuertemente sensibilizadas respecto de este problema, la responsabilidad histórica de ceder un territorio que la conciencia nacional considera arrebatado injustamente al Perú. Si decía no, podía ser

señalado por Bolivia ante América Latina como el país que se oponía a su vieja aspiración de retornar al mar y en Bolivia, la negativa peruana sería pretexto para que la derecha propicie un clima de agresión chauvinista contra el Perú. Así, mediante la promesa de salida al mar, el imperialismo logró culminar su política de alejar del Perú e inclinar hacia Chile, a Bolivia, su tradicional país aliado.

### *Los días finales*

Todos los elementos para la contrarrevolución estaban dados ya en aquella ocasión: una situación económica difícil motivada en el plano externo por la presión de los banqueros internacionales sobre las finanzas peruanas y en el plano interno por la negativa de los capitalistas a invertir y su abierto sabotaje económico; la presión interna sobre el gobierno desde la Marina, las Fuerzas Policiales y los mandos reaccionarios; la acción envolvente de los generales, su complicidad con el Apra y los capitalistas. La derecha militar, que sufrió importantes bajas durante siete años, nunca perdió sus contactos con la oligarquía peruana y las agencias imperialistas. Los servicios de inteligencia de la Marina impulsaron el mercenarismo en la CTRP, la formación del MLR, la división de CONACI, el entendimiento con los medianos propietarios rurales, las acusaciones macartistas contra los funcionarios que implementaban la reforma agraria e impulsaban la organización popular. Eran los mismos que nunca habían roto sus fuertes vínculos con la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos, que los entrenaba y proveía de sofisticados elementos técnicos y sugerencias tácticas, los que en esos momentos se comprometieron en una ofensiva que abarcaba elementos empresariales aparentemente amigos de los cambios sociales pero enemigos de la comunidad industrial y de los sindicatos, los almirantes y generales macartistas, los dirigentes sindicales corruptos. Este frente hablaba en nombre de la revolución y postulaba su defensa contra una supuesta infiltración comunista. Una comisión secreta de las Fuerzas Armadas investigó la reforma agraria y acusó a sus funcionarios y promotores de cometer excesos y ser comunistas. Fuera de los cuadros militares, donde cada vez era más notorio el agrupamiento en una tendencia de derecha y otra de izquierda, la contienda comprometía a los políticos civiles y a la burocracia en una guerra total. El régimen estaba dividido y era presionado para que se deshiciera de sus elementos progresistas.

En esas circunstancias, acosado por una arterioesclerosis que avanzaba día a día, Velasco convocó a sus generales de confianza para una transferencia de mando. Se acordó que la sucesión correspondía a Francisco Morales Bermúdez quien ya era Primer Ministro, Ministro de Guerra y Comandante General del Ejército.



Todo el año 1975 la derecha civil y militar ganó terreno y logró convencer a Velasco de que se conspiraba contra él desde la Unión Soviética y Cuba para derrocarlo a favor de los generales comunistas que lo rodeaban. Velasco se sintió solo, abandonado por su propia gente. No era una fantasía. Los generales y coroneles de izquierda mientras tanto, sintiéndose amenazados, se agruparon alrededor del sucesor de Velasco, Morales Bermúdez, que ofrecía reorientar el proceso hacia el socialismo y quería abreviar la sucesión. Sabía que si esperaba a julio de 1976 quedaría moralmente preso de Velasco.

La tensión con Chile empeoraba. Rampas de lanzacohetes fueron instaladas en la frontera. El gobierno decidió adelantarse a una intervención chilena y ambas fuerzas estaban frente a frente en el sur esperando las órdenes de sus respectivos comandos para operar.

Entre el 06 y el 29 de agosto parece haberse desarrollado una verdadera carrera entre la derecha orientada por el Servicio de Inteligencia y la izquierda militar liderada por los generales Rodríguez y Fernández Maldonado, para ganar influencia en las fuerzas armadas. El grupo Tantaléan – Sala – Richter rodeaba al presidente aquellos días, mientras las relaciones entre Velasco y la izquierda militar que lo había apoyado el 03 de octubre de 1968, se habían enfriado. Los generales de izquierda se replegaron a sus mandos y recurrieron, una vez más, a la unidad de la institución. Pero al hacerlo, tuvieron que entenderse con hombres de diversas tendencias, acatando el liderazgo del general Morales Bermúdez. En dos oportunidades anteriores, el general Velasco, siendo ya militar en retiro, había logrado predominar sobre las aspiraciones presidenciales de sus primeros ministros, militares en actividad, valiéndose de su energía, pericia y autoridad moral. Fue esta una hazaña cumplida respecto de Ernesto Montagne y Edgardo Mercado.

Presionada por la agresiva campaña derechista, abierto su futuro en la jerarquía castrense, molesta por su aislamiento del general Velasco, la izquierda militar creyó encontrar en su alianza con Morales Bermúdez y los militares moderados, la fórmula para una nueva etapa, más avanzada, de la revolución. El 29 de agosto, un pronunciamiento decidido en Tacna una ciudad ubicada en el extremo sur del país por algunos jefes de regiones militares y encabezado por Morales Bermúdez, decretaba el relevo del general Juan Velasco Alvarado. Éste fue tomado de sorpresa. Ya no tenía ningún mando y estaba prácticamente inválido. Al abandonar el poder llamó al pueblo a apoyar al nuevo gobierno. Morales Bermúdez se apresuró a decir desde Tacna que la revolución seguía siendo la misma.

La derecha se apresuró a expresar su complacencia por el cambio. Ese mismo día, la UPI aludía a la serenidad y la moderación del nuevo presidente y a sus buenas relaciones con la empresa privada, su amistad con el ex presidente Belaunde, desde la época en que

fuera su ministro de Hacienda y la conservadora ortodoxia con que había guiado las finanzas del país durante los largos años en que fue ministro de Economía. Cierta izquierda frívola, traumatizada por el avance de las corrientes fascizantes y obnubilada por la presencia de generales progresistas en el movimiento, lo aprobó sin reservas y aplaudió el cambio. Creían que al salir Velasco el camino quedaba libre para una radicalización del proceso.

Entre agosto de 1975 y marzo de 1976, Morales Bermúdez fue destituyendo uno a uno a todos los generales progresistas. Primero fue pasado al retiro Leonidas Rodríguez Figueroa, Jefe de la poderosa Segunda Región Militar acantonada en Lima y su respectiva División Blindada. En marzo de 1976, la sublevación del general Bobbio que sustituyó a Leonidas Rodríguez en Lima, obligó a renunciar al Primer Ministro Jorge Fernández Maldonado, otro de los hombres de izquierda. Fueron pasando al retiro o destituidos, José Graham Hurtado, Jefe del Comité de Oficiales Asesores de la Presidencia COAP y otros generales. Entre marzo de 1976 y julio de 1980, la derecha militar implementó una dictadura pura y simple. La reacción del pueblo se hizo esperar. A fines de 1977 todo el país paró en una huelga general. En 1979 los militares se vieron obligados a convocar a una Asamblea Constituyente para la devolución del poder a los partidos políticos conservadores y a la izquierda política que se opuso al proceso. Las grandes organizaciones sociales no fueron convocadas y quedaron aisladas. La Confederación Nacional Agraria fue intervenida. En vez de transferir los diarios de circulación nacional a las organizaciones sociales, los comités que tenían la dirección de la prensa socializada fueron reemplazados por periodistas nombrados por la dictadura. Otro tiempo político había empezado.

Pero pocos se percataron en esos momentos de que al deponer al presidente Velasco se estaba eliminando el factor decisivo de la revolución. Son los hombres, no las circunstancias ni las ciegas leyes, los que deciden la historia. Y aún en las condiciones más favorables para el cambio revolucionario, éste no se produce si no está de por medio la sagacidad, el realismo, la energía y audacia del personaje que es capaz de asimilar a través de su acción, la fuerza de la dinámica histórica. Eso fue Velasco. Un personaje hecho a la medida de las circunstancias, surgido de las características más típicas de nuestro país. Su mérito reside en haber logrado que el Perú diese varios pasos adelante, operando siempre en un medio desfavorable, obrando a contracorriente.

## X

## RETRATO DE VELASCO

*No se puede gobernar sin culpa  
Saint - Just.*

Cinco años de encierro en la Carceleta de San Quintín, de vagabundeo por los sombríos pasadizos de la Cárcel de Lurigancho, de amontonamiento en la promiscuidad del Sexto, habían quedado atrás para mí.

Bajo, algo rechoncho, sonriente, la mirada aguda lanzada al frente como una flecha, aquel general semicalvo me esperaba, como para una cita de amigos, al lado de una puerta enorme, en el fondo mismo de Palacio. Yo había visto su rostro adusto, deformado por la televisión y escuchado su voz enronquecida por el tabaco, leyendo sus primeros discursos con dificultad. Carraspeaba mientras con tono bronco anunciaba al país que las tropas peruanas tomaban en ese momento los pozos de la Internacional Petroleum Company. Aquella mañana del 3 de octubre de 1968 fue lacónico: *...trabajaremos, sudaremos señores sudaremos...*

Y ahora allí, este general de rostro cetrino, astuto, desconfiado él, me abría los brazos como a un viejo conocido. Me miró, encendió pausadamente un cigarrillo negro de piel achocolatada y respondió, con la mirada perdida en un ángulo de la habitación, cuando le pregunté si alguna vez pensó que el mismo perseguido que había visto en las fotos de los periódicos iba estar conversando algún día con él en su despacho: *La verdad que no, eran otros tiempos..... Todos hemos cambiado en el Perú...*

Meses después, él mismo diría en la Universidad de San Marcos: *Hoy estamos aquí intelectuales y soldados. Ojalá pueda decirse un día que aquí sólo estuvieron, como hace siglo y medio, hombres de una revolución, y que supimos hablar con claridad. Yo sólo sé hablar de esta manera. Soy revolucionario y soy soldado. Quienes hoy gobernamos no somos marxistas. Pero estamos haciendo una revolución. Y esto es lo que importa. En nuestro mundo nadie puede esperar a tener el monopolio de la verdad revolucionaria.*

General, dije, debo agradecerle la amnistía otorgada a mis compañeros y a mí. *No tienes nada que agradecer, al contrario, perdónanos por haberte liberado recién ahora... Hemos tenido que aguardar largos meses. No todos comprenden esta revolución en el ejército, la gente todavía no entiende, hubo que esperar algunos cambios en los mandos para que ustedes salgan. Apenas unas horas antes de nuestra liberación el gobierno nos llamaba delincuentes comunes, los consejos de guerra se enteraron de nuestra libertad cuando ya*

estábamos en la calle por orden de los mismos militares. *Sí, me dijo, hubo resistencia, no te puedo decir de dónde...* hizo una pausa y dijo como para su otro yo:

*...pero si se ponen difíciles los hundimos.* Luego de esperar más de dos años después de octubre de 1968, ante la gran mesa del Consejo de Ministros, rodeado de generales y almirantes, él había informado que los comandantes generales del ejército estaban de acuerdo con la amnistía general para los presos políticos. Tajante, preguntó quién está en contra y como en otras veces recibió un silencio aprobatorio por respuesta. Y era Artola, su ministro del Interior, el mismo que había hecho la lista de quienes debían ser liberados<sup>16</sup>.

*Sí, ésta es una revolución de verdad, iremos hasta el último, falta mucho por hacer, pero todo no puede ser a la vez....muchas veces un gobernante siente la terrible soledad del poder, la angustia de no ser comprendido, la sensación de que sus ideales acaso nunca habrán de realizarse... Pero hay que ir despacio, siempre mirando al león, no hay que tirarle mucho de la cola... Hay gente que no comprende todo lo que estamos haciendo por ellos, ahí tienes a los mineros, acabamos de establecer la comunidad minera para que participen en la empresa, pero nos insultan y responden con huelgas y más huelgas... Pero nosotros estamos trabajando duro, como nunca se ha hecho por el país. Quizá sea, general, que los mineros quieran que las minas sean de una vez del Perú y no de los gringos. (Yo pensaba en los socavones húmedos, en la Oroya infestada por el humo, en los campesinos que mueren antes de los cuarenta años alimentando el oro de los imperialistas, en las huelgas, las masacres, la lucha de años y años contra la explotación, en quienes no tienen nada que agradecer y sí mucho que reclamar).*

*Espera, dijo el militar, esto es una guerra, no se puede hacer todo de sopetón*<sup>17</sup>.

*Por un instante su voz cordial se volvió nuevamente voz de mando y luego voz persuasiva. Esta revolución es obra de unos pocos, somos unos cuantos, hay muchas dificultades... Quizá sería fácil si la hubiéramos hecho por la violencia, pero no queremos derramar sangre de peruanos.... Ten confianza, seguiremos hasta el fin...*

16 El General Armando Artola fue Ministro del Interior los primeros dos años del gobierno de Velasco. Fue destituido después de apresar al obispo Luis Bambarén por decir misa en Villa El Salvador cuando miles de familias sin hogar invadieron los arenales del sur de Lima para fundar una nueva ciudad, acusándolo de ser comunista. Luego del golpe contra Velasco el 29 de agosto de 1975 escribió un libro titulado *Subversión* haciendo un recuento de la que según él fue la infiltración comunista en el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada.

Acercó los grandes sillones palaciegos para conversar con más intimidad. Lapiceros. Cristales. Un enorme óleo detrás de él, con un Bolognesi en arrogante perfil. Papeles y más papeles. Por si alguien lo dudase, una placa negra con letras doradas: *General de División EP Juan Velasco Alvarado Presidente de la República*. Alfombras y tapices y ese olor antiguo, a viejos fantasmas. *¿Sabes?* Dijo como en una confesión. *A veces comprendo que no nos crean...*

Otra vez le hice una larga entrevista, con Alfonso Reyes y otros colegas de la revista *Oiga*. Como en un panorama movedizo, se cruzaron los recuerdos ...*Éramos once hermanos*, empezó a contar, *mi padre era empleado público, pero mi madre nos tenía bien pijes<sup>18</sup> y cuando a veces no había para el yantar, mi padre no le pedía ayuda a nadie, ni a su familia.... Nunca tuve libros de estudio... Yo copiaba en un cuaderno de los libros en que estudiaban mis compañeros. Cuando mi madre no se daba abasto para zurcirnos las medias, teníamos que meterlas en el zapato, para que no se nos vieran los talones rotos....*

Aquel chico pobre de los libros prestados y las medias rotas, estudió en una escuelita polvorienta de Castilla, la comunidad campesina que era también su pueblo natal. Terminó la secundaria en un colegio nacional como todos los muchachos pobres de Piura, la ciudad de los terratenientes en el norte del Perú, y sintió desde aquellos tiempos las diferencias sociales con los hijos de los ricos que compraban autos sólo para darle vueltas a la plaza principal. Al poco tiempo escapó de su casa, abordó por primera vez un trencito de vía angosta que bajaba rumbo al puerto de Paita y se vino a Lima de gorra en el Imperial, un barco chileno *Me cimarroné cuando era todavía un churre<sup>19</sup>, casi salvaje...* Fueron cinco días con sus noches, viviendo de pavo en el barco, el muchacho provinciano se aterrorizaba de su propia aventura.... *Si me descubrían, esos chilenos podían tirarme al mar....*

17 La Cerro de Pasco Copper Corp. propietaria de las minas de Cerro de Pasco y la fundición de La Oroya, fue nacionalizada en enero de 1974.

18 *Pije*, elegante en el lenguaje popular del norte del Perú.

19 *Churre*, niño.

Luego el Callao, el primer puerto peruano, y a recorrer las calles, desorientado, con un atado de ropa y un paquete de galletas de soda molida en mano. Eran los últimos tiempos del oncenio leguista<sup>20</sup> que cerraría con la gran crisis de 1929. *Yo no conocía más que Castilla, mi pueblo... vagó por las calles desconocidas, delante de las grandes casas de quincha (barro) y de madera, los balcones antiguos corroídos por la sal marina y preguntando, preguntando, llegó al paradero del tranvía eléctrico y no paró hasta la Escuela Militar de Chorrillos.... Ser militar era el sueño de mi vida.... Había mucha gente, yo me puse en la fila, lleno de emoción, con un barullo en la cabeza... ¡Yo era un salvaje en ese entonces! Me tomaron examen médico, rendí las pruebas y sólo cuando terminó el examen me di cuenta de que la cola no era para oficiales sino para tropa. El de oficiales ya había terminado hacía varios días... Aprobé para soldado raso, pero me dijeron que no había vacantes. Y, para colmo de males, encima me robaron mi plata y me quedé sin un cobre....*

*Yo salía con el alma por lo suelos. En la pampa frente a la escuela vi parado a un hombre muy serio, de bigotes. Pregunté a un soldado quién era aquél señor. Es el capitán Huamán, me dijo. ¿Y de dónde es? De Piura, dijo el soldado. Ay caray, es mi paisano, me dije...*

El oficial ofreció hacer ingresar a aquél muchachito temeroso, pero le dijo que regresara dentro de unos días... *Yo no tenía plata pero por puro amor propio no le pedí prestado... Y así tuvo que regresar caminando unos diez kilómetros hasta Lima, a la casa de un tío, que le dio alojamiento y comida....Y al fin ingresé a la tropa...*

Se pasó todo el año estudiando el reglamento para pasar a oficial. *Ya me lo sabía de memoria, de pe a pa... Cuando al fin vino el examen, le pusieron en castellano: cuente usted cuál es el suceso que más lo ha impresionado en su vida. Yo mordía el lápiz y pensaba mientras los otros postulantes escribían y escribían... Hasta que al fin me animé a contar cómo había venido a Lima en el barco y el susto que tenía porque los chilenos me descubrieran.... Una mañana lo llamaron y se quedó mudo ante unos oficiales de bigotes enormes que me preguntaban si yo había viajado de pavo... Yo creí que de ahí pasaba al calabozo.... Pero resultó que me felicitaron ...Había sacado un 20 en el examen y una nota en que el profesor Adán Espinoza decía: “Muchachos como éste son los que necesita nuestro ejército”.*

20 De 1919 a 1930 el Perú fue gobernado por el dictador civil Augusto B. Leguía. Ese período se conoce como el oncenio. Leguía fue derrocado en 1930 y murió en la Penitenciaría de Lima.

Y así, aquel día lejano cambió el desamparo por la esperanza. *Entré a oficial....*

*Si no me saco un veinte en el examen de redacción no hubiera pasado el examen y ahora no estaría sentado aquí... Y si no es por mi paisano, quizá ni siquiera habría sido soldado....*

En 1934, el joven oficial Velasco estaba abriendo trocha en la Selva, entre Pantoja y Güepi... *Allí conocí el sufrimiento de los cargueros, esas pobres gentes que tenían que llevar la impedimenta sobre el hombro... Daba pena verlos a la madrugada cuando hacíamos recorridos a la luz de la linterna y allí estaban recostados sobre esos pesados bultos, sudando, aguijoneados por los mosquitos...*

Y más tarde, ya era coronel en la Escuela Militar, de la que sería director por varios años, luego de rápidos ascensos, sin vara, todos por méritos.... Una vez, un profesor de la Escuela, Alfonso Benavides Correa, que después alcanzaría notoriedad por su defensa del petróleo peruano, vino a decirle que había unos investigadores<sup>21</sup> buscándolo para detenerlo... Eran los tiempos de Odría, el dictador pronorteamericano que era amo y señor del Perú... *Salí y vi a los investigadores que empezaban a rodear la Escuela. Yo me dije ¡esto no puede ser! Di la orden para que se tocara la señal-consigna para situaciones especiales y en un minuto estaban todos los cadetes reunidos en el patio. Les ordené: ¡a defender su escuela, cadetes! Ese día corrimos a los investigadores....*

Casi un niño campesino de la lejana y polvorienta comunidad de Castilla, luego un muchacho pobre que viaja de pavo para hacer su porvenir en Lima, soldado raso en Chorrillos, joven oficial de tropa abriendo trocha en la espesa y dura selva peruana, conociendo la explotación en los caseríos aislados y abandonados que habían conocido la pasajera prosperidad del caucho, todas estas etapas de su vida marcarían de manera indeleble la personalidad del soldado que llegó a culminar el sueño de iniciar una revolución en su país. Los años pasados en la escuela militar de Chorrillos, primero como instructor y luego como director, su trato con profesores civiles, algunos de ideas nacionalistas, su interés por modernizar la preparación técnica de los oficiales de su patria, irían acercándolo también a los problemas nacionales. Todo lo que Velasco decía y hacía en su vida diaria, y aunque los años de general le dieron bonanza, seguridad y alivio en los problemas económicos, como a todos los militares peruanos de alta graduación de la época, tenía el sello de la protesta contra las injustas diferencias sociales que él quiso eliminar.

21 Investigador: policía de la dictadura

23 de febrero de 1973. Un escueto comunicado anuncia que el presidente Velasco ha sido sometido a dos operaciones quirúrgicas al surgir un coágulo en la pierna derecha. Fulminado por un aneurisma, el viejo soldado ha ganado su primera escaramuza contra la muerte. Ha sentido irse su vida, como en un hilo, justamente ahora, es como si le hubieran jugado una mala pasada. Allá en el fondo de los pasillos, ha sentido agitarse a los médicos, más allá moverse a los ministros, ha visto su destino cara a cara y quizá si ha sentido el transido murmullo de la inmensa muchedumbre protestando también con su grande e innúmero silencio. Por varios días ha sido como si el país entero contuviera el aliento a la espera del resultado de esta lucha titánica, librada en el más celoso secreto, ocultada por la prensa, supuesta por los enterados, murmurada por los burócratas.

Comunicado del 12 de marzo de 1973: *....La Junta Revolucionaria constituida por los Comandantes Generales de las Fuerzas Armadas, ha acordado por unanimidad y en uso de las atribuciones que le son propias, que sea el Presidente del Consejo de Ministros quien firme todos los actos legislativos y administrativos que se requiera y reciba a los agentes diplomáticos, mientras subsista la situación transitoria anotada. Edgardo Mercado Jarrín, Comandante General del Ejército, Vicealmirante Luis Vargas Caballero, Comandante General de la Marina, Rolando Gilardi Rodríguez, Comandante General de Aeronáutica.*

Velasco no era mencionado en un texto que salió al público sin su conocimiento. Pero desde ahí, desde su lecho de enfermo casi desahuciado, el porfiado anciano ha llamado al orden a sus ministros, ha reunido a la Junta, no ha soltado el poder ni por un instante, aunque con una mano tenga que sujetar a sus compañeros de armas y con la otra derrotar a la muerte. Nadie, ni los almirantes ni los aviadores, menos aún esos generales a quienes conoce en sus orgullos y sus miserias, sus miedos y sus argucias, puede treparse sobre su cabeza, menos ahora que está todo él tenso, en el clímax de su lucha por la vida.

Y he aquí que el soldado se ha erguido nuevamente sobre su propio dolor y el pueblo lo ha visto desfilar por las calles entre aplausos, vítores, bombardas lanzadas al aire, explosiones de júbilo, seguido por la escolta hacia su enorme Palacio de concreto y mármol. Sin embargo, ellos saben que, como un actor detrás del escenario, como cuando de joven entrenaba para sus exámenes de ascenso, él tiene que torturarse por su propia voluntad bajo la mirada exigente de los médicos para lograr una recuperación indispensable para mantener el poder.

Ya en 1974, Velasco sentía que trabajaba contra el tiempo... Había que apurarse antes de cualquier nuevo tropiezo. Vino un nuevo ataque. Y una nueva recuperación. Mientras tanto, la presión del imperialismo, la destitución del conservador almirante Vargas Caballero, las intrigas de Chile, la nacionalización de Marcona, el bloqueo del hierro peruano, su angustia



por abreviar los plazos para una organización política de la revolución, el problema de quién lo debería suceder... Y un buen día, la sorpresa de verse relevado en un acto sorpresivo por los mismos generales que le juraban fidelidad sin atreverse a plantearle con claridad sus dudas y discrepancias, retirado del Palacio por gente que no se atrevía a mirarlo a los ojos, rodeado de un avergonzado silencio popular, ignorado como quien oculta la prueba de un acto reprochable.

Antiguo soldado, añoso tronco del desierto piurano, Velasco no se rinde, aunque ha perdido la cuenta de los días y noches pasados en vela, porque ahora es él quien le juega malas pasadas a la muerte, él quien se levanta después de cada caída, quien como los boxeadores de barrio no quiere perder por puntos aunque a veces tenga que dar golpes en el vacío a la sombra de su enemigo. Sí, su cerebro funciona y su corazón siente en el mismo fondo cómo la revolución que fue fruto de su astucia y trabajo se diluye en la mediocridad de los pusilánimes. Los iniciadores de las revoluciones tuvieron mala suerte: sus seguidores dilapidaron los resultados del esfuerzo inicial, traicionaron los ideales de la generación anterior, construyeron y engendraron obras materiales en algunos casos pero fueron sepultureros del espíritu. Pero los iniciadores murieron a tiempo para no ver las deformaciones de sus herederos. Velasco tuvo que verlas antes de morir.

Se ha discutido muchas veces si son los hombres o las masas quienes hacen la historia. Si hay, en las sociedades como en la física, leyes que se cumplen inalterablemente y que buscan expresarse a través de la conducta de los individuos y de los grupos sociales. Cuando las fuerzas armadas del Perú sorprendieron al mundo iniciando un movimiento revolucionario en un país sometido por el imperialismo, muchos nos negamos a creer que eso podía ser cierto. ¿Cómo creer que una institución rodeada de privilegios pueda atentar contra sus mismos intereses? Hay, sin embargo, factores que a veces son desestimados o pasan desapercibidos. Uno de ellos es el de la voluntad de algunos hombres. Velasco estuvo rodeado de muy pocos compañeros de ideales en un medio de militares conservadores o simplemente neutrales, en una sociedad atravesada por la indiferencia y el temor en la que de vez en cuando brotaba la desesperación. No olvidó un solo instante su origen popular y ascendió las numerosas escalas de la carrera militar para cumplir su objetivo. Luchó contra el medio y contra el tiempo. El medio y el tiempo lo derrotaron. Pero no totalmente. Porque las fuerzas armadas y el país salieron del proceso de transformaciones que él impulsó diferentes a como entraron, y será el transcurso de los años el que permitirá apreciar la dimensión de su esfuerzo.

## PALABRAS FINALES

*Después de Velasco el Perú retornó a la “normalidad”. Para nuestros países, la “normalidad” equivale al dominio de las grandes empresas nacionales y extranjeras y la permanencia de los privilegios de las clases dominantes por sobre los derechos de los obreros, los campesinos y los trabajadores en general. La “normalidad” en el subdesarrollo y la dominación de los Estados Unidos sobre nuestra política exterior. Y el alejamiento de toda posibilidad concreta e inmediata de transformación social.*

*No he pretendido hacer un libro de interpretación política y por tanto dejo al lector la apreciación de las causas por las que nuestro país devino nuevamente a una situación “normal”. Sin embargo, le sugiero algunas: la contradicción entre un radical programa de reformas sociales y una tímida y conservadora política fiscal y monetaria; la falta de precisión en el proyecto nacional de desarrollo que impidió la aplicación de soluciones audaces y creadoras para atender a las necesidades de trabajo, vivienda, alimentación y algunos de los problemas urgentes de las mayorías. El uso desmedido de la financiación internacional paralelo al despilfarro de la burocracia y a la ausencia de una verdadera política de austeridad que empiece por los sectores de más altos ingresos. Estas indefiniciones fueron a su vez consecuencia del equilibrio entre las fuerzas de izquierda y derecha en las esferas gubernamentales, y de la presión de los Estados Unidos a través de sus organismos financieros, su diplomacia y sus múltiples mecanismos de dominación. Dentro de este marco, actuó a lo largo de todo el proceso, pero particularmente en los últimos años, una derecha inescrupulosa, agresiva, consciente de sus intereses de clase, que pasó a la ofensiva al comprobar que el gobierno revolucionario de las fuerzas armadas no pretendía “modernizar” al país sino transformarlo. Ella actuó, tanto fuera como dentro del gobierno, usando todas las armas posibles. La inflación internacional y el aislamiento de nuestro país en medio de regímenes conservadores y pronorteamericanos operaron a su favor.*

*Nada de esto empaña el mérito del general Velasco y los militares y civiles que actuaron a su lado tratando de llevar adelante una revolución nacional por caminos inéditos y dentro del área de influencia de los Estados Unidos. Para asimilar las lecciones que el proceso nos deja hay que señalar los errores. Pero conviene decir también que ninguno de ellos puede compararse a la hazaña histórica de haber sabido conducir durante siete años a las fuerzas armadas fuera de su rol tradicional de protectoras y vigilantes del orden establecido, en una permanente confrontación de fuerzas con el poder de los monopolios y sus aliados y agentes en el ámbito interno.*

*Aquellos siete años deshicieron muchos mitos. El principal es el del ejército como permanente instrumento de las clases dominantes y como institución homogénea, aislada y monolítica, afirmación mantenida durante en los medios políticos peruanos que fue demolida por una cambiante realidad que demostró que, en ocasiones y bajo determinadas circunstancias históricas, es posible que las fuerzas armadas de nuestros países operen con autonomía respecto de las oligarquías para impulsar procesos de transformación social. Como se ha dicho en capítulos anteriores y también ha sido demostrado por los hechos, la revolución y el conservadorismo se disputan el terreno, tanto dentro de las filas castrenses como en la iglesia y otras instituciones tradicionales.*

*Ante todo, los primeros años del proceso revolucionario demostraron también que el imperialismo norteamericano puede ser confrontado victoriosamente si los sectores claves de la nación se unen en una sola estrategia. Los Estados Unidos tuvieron que retroceder en la aplicación de las enmiendas Pelly y Hickenlooper al comprobar que prácticamente todo el país – con las únicas, minoritarias y aisladas excepciones de minúsculos sectores oligárquicos – estaba unido en torno a la nacionalización de la International Petroleum Company y la defensa de la jurisdicción peruana sobre las 200 millas de mar territorial; y se vieron, obligados a transar con un régimen amparado en la fuerza de las armas y el masivo respaldo popular. La revolución por un camino nacional es posible desde el poder siempre que se actúe con firmeza, pero a la vez con flexibilidad y ponderación.*

*Nada de esto es obstáculo para admitir las dificultades y limitaciones que tiene toda experiencia revolucionaria en cualquiera de las naciones del tercer mundo. Oscilamos entre grandes poderes internacionales que penetran y succionan a nuestros países por todos los poros. Y en el plano interno debemos superar una situación de atraso, de miseria material y moral, de corrosión interna que afecta a todas las capas de nuestras sociedades y que se refleja incluso en las fuerzas revolucionarias, deformándolas o mediatizándolas. En estas condiciones, el imperio y las oligarquías utilizan no sólo sus tradicionales instrumentos de presión económica y política, sino que también han aprendido a usar parte del resentimiento social que se refleja en el fenómeno mal llamado “ultraizquierdismo”. En nuestros países, el “ultraizquierdismo” que señala como fascistas a los proyectos revolucionarios cuando no son dirigidos por él, que evade la realidad en nombre del esquema y reemplaza la acción por las palabras, que siembra la división entre las fuerzas progresistas, que se consume en sus propios odios y pugnas de ambición personal, que no vacila en unirse a la derecha para combatir a la izquierda, no es una enfermedad infantil, sino parte de las viejas deformaciones psicológicas y políticas que son consecuencia de nuestro subdesarrollo. No son sólo el imperialismo y las oligarquías los enemigos de nuestras revoluciones. Lo es*

*también la irracionalidad y la ceguera política.*

*Hoy, después que ha transcurrido el tiempo, muchas afirmaciones repetidas por cierta izquierda para negar la calidad revolucionaria que tuvo el proceso peruano, se han desvanecido. Los opositores de ayer se arrepienten hoy, pero el daño ya está hecho. El proceso peruano, se dijo, fue un invento del Pentágono para evitar la verdadera revolución en el Perú; o fue un proyecto corporativo de la gran burguesía ligada a los Estados Unidos y aliada con el ejército. O fue puro “reformismo burgués”. La desesperación con que operó la derecha peruana y otras muchas circunstancias demostraron que el proceso peruano no fue otra cosa que un intento de militares y civiles de izquierda para hacer una revolución a partir de las condiciones que vivía el Perú. Hoy no faltan quienes empiezan a admitirlo. La autocrítica no deja de ser beneficiosa pero es tardía.*

*Pero la semilla ha quedado sembrada en suelo fértil y es grande el terreno ganado. Los campesinos ya no abandonan la vereda ni bajan la cabeza para dar paso a los patrones; el viejo latifundio serrano con sus “gamonales”<sup>22</sup> ha desaparecido. Millones de gentes libres pueblan ahora nuestras ciudades; son víctimas de la exclusión y la pobreza, una minoría protesta, la mayoría dedica todo su tiempo a sobrevivir. Después de Velasco vino la democracia que acabó en corrupción, hiperinflación, terrorismo en 1990. Y la dictadura de una derecha mafiosa (la de Fujimori) que fue nuevamente derrotada el año 2000 por las fuerzas democráticas. El recuerdo de Velasco es un fantasma que persigue las pesadillas de la nueva oligarquía empresarial e interpela la conciencia del pueblo.*

22 Gamonal. Planta parásita de la sierra peruana. Por extensión se decía gamonales a los propietarios rentistas que usaban trabajo gratuito de los indios hasta la reforma agraria de 1969.

ANEXO

Transcripción de un memorándum personal y manuscrito del presidente Velasco conteniendo anotaciones acerca de la Organización Política de la Revolución.

---

## COMITÉ NACIONAL PROVISIONAL DE LA ORGANIZACIÓN POLITICA DE LA REVOLUCIÓN

1. Ustedes han sido seleccionados por la Comisión de Ministros.- Aprobados por el Gabinete.
2. Tienen la autoridad suficiente y absoluta confianza de todos los miembros del Gobierno.
3. Tarea:
  - a. Creación de la “Organización Política de la Revolución”. No es la creación de un “Partido Político”, sino más bien: “Organización de Participación de la Rev.” – No debe estar al servicio de ningún hombre: militar o civil.
  - b. Dirigir la creación de la “organización” inicialmente desde las BASES. Pirámide en todo el país.
  - c. Contrarrestar los ataques, infiltración, confusionismo.
  - d. Organizar: el “equipo” para la defensa ideológica y política de la Revolución (periódico, TV, radio, etc.).
  - e. El equipo debe discutir internamente todo lo que sea; pero “afuera” no hay ninguna “grieta”.
  - f. No deben aceptar “manipulación” absolutamente de nadie.
  - g. No deben aceptar “planteamientos” que desvirtúen los fundamentos ideopolíticos de la Revolución.
  - h. Actuar con mucho “tino”. Van a ser atacados por la extrema derecha y la extrema izquierda. Calma en sus actos.
  - i. Mantener la coordinación con la Comisión de Ministros. Así estarán informados de los vaivenes políticos del momento.
  - j. El Gobierno de la Revolución conduce el PROCESO. Puede tomar actitudes en defensa de la Revolución (medidas de fuerza) que aparezcan como “no humanistas”.
  - k. Estricta “Disciplina” en “Declaraciones políticas”. Nombren una Comisión.
  - l. Tan luego terminado su “Plan o Programa” de actividades, entonces podrán

- m. informar al público, estructura –implantación-. Medios: Conferencias de prensa, TV, radio, periodismo, etc.
- n. Demostrar en todo momento: Equipo, con unidad ideológica.- Defenderse mutuamente.- No atacarse nunca.
  - Libros (1 fijo; 1 móvil)
  - Formatos
  - Alcaldes
  - Carnets
  - Local
  - “Destacados”
  - Diagnóstico Legal de Reconocimiento

Rúbrica.

REVISTA

# Imaginando el Perú post pandemia

Ediciones Grupo Emancipador Perú